



Universidad Autónoma
del Estado de México

Manuel
José Othón



POESÍA

ESCOGIDA

Doctora en Ciencias Sociales
Martha Patricia Zarza Delgado
Rectora de la Universidad Autónoma del Estado de México

Doctora en Ciencias Computacionales
Arianna Becerril García
Secretaria de Ciencia

Doctor en Ciencias Agropecuarias y Recursos Naturales
Francisco Herrera Tapia
Secretario Académico

Doctora en Estudios Latinoamericanos
Cynthia Ortega Salgado
Secretaria de Identidad y Cultura

Doctor en Ciencias Sociales
Jorge Alejandro Vásquez Caicedo
Secretario de Gobernanza Universitaria

Doctora en Farmacia y Tecnología Farmacéutica
Mariana Ortiz Reynoso
Secretaria de Vinculación, Extensión y Promoción de la Empleabilidad

Maestra en Administración
Miriam Liliana Padilla Mora
Secretaria de Gestión y Administración Universitaria

Maestra en Hacienda Pública
Miriam Sierra López
Secretaria de Finanzas

Doctora en Humanidades
María de las Mercedes Portilla Luja
Secretaria de Desarrollo y Fortalecimiento Institucional

Doctora en Ciencias con Énfasis en Educación
Miriam Sánchez Angeles
Secretaria de Igualdad Sustantiva y Cuidados

Doctor en Ciencias e Ingeniería de Materiales
José Guadalupe Miranda Hernández
Secretario de Centros Universitarios y Unidades Académicas

Maestrante en Derecho
Evangelina Sales Sánchez
Consejera Jurídica Universitaria

Doctora en Diseño
María Fernanda Valdés Figueroa
Comunicación Social Universitaria

Doctor en Políticas Públicas
Bernardo Jorge Almaraz Calderón
Jefe de la Oficina de Rectoría

POESÍA ESCOGIDA

LECTURAS PARA LA CIUDADANÍA UNIVERSAL



Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Doctora en Ciencias Sociales
Martha Patricia Zarza Delgado
Rectora

Doctora en Estudios Latinoamericanos
Cynthia Ortega Salgado
Secretaria de Identidad y Cultura

Doctor en Administración
Jorge Eduardo Robles Alvarez
Director de Publicaciones Universitarias

POESÍA ESCOGIDA

Manuel José Othón



Universidad Autónoma del Estado de México

“2025, 195 años de la apertura del Instituto Literario en la ciudad de Toluca”

Primera edición, septiembre 2025

Poesía escogida

Manuel José Othón

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel: (52) 722 481 1800

<http://www.uaemex.mx>



Esta obra está sujeta a una licencia *Creative Commons* Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-968-9718-13-0

ISBN Colección: 978-607-633-036-4

Hecho en México

Director del equipo editorial: Jorge Eduardo Robles Alvarez

Coordinación editorial: Ixchel Díaz Porras

Coordinación de diseño: Luis Maldonado Barraza.

Corrección de estilo: Edith Muciño Martínez

Diseño: Elizabeth Vargas Albarrán

Diseño de portada: Martha E. Díaz Cuenca



CONTENIDO

Cineraria	11
El mendigo	13
La estatua de carne. Leyenda	17
I	17
II	20
III	25
Voz interna	29
Crepúsculos	31
I	31
II	32
Paisajes	33
I. <i>Meridies</i>	33
II. <i>Noctifer</i>	35
Ocaso	37

Nostálgica	39
Himno de los bosques	43
I	43
II	44
III	46
IV	49
V	51
VI	53
VII	56
Angelus domini	59
I	59
II	61
III	63
<i>Frons in mare</i>	65
La canción del otoño	67
I	67
II	69
III	70
A través de la lluvia	71
Noche rústica de Walpurgis	77
I. Invitación al poeta	77
II. <i>Intempesta nox</i>	79
III. El harpa	80
IV. El bosque	81

V. El ruiseñor	82
VI. El río	83
VII. Las estrellas	84
VIII. El grillo	85
IX. Los fuegos fatuos	86
X. Los muertos	87
XI. Las aves nocturnas	88
XII. <i>Intermezzo</i>	89
XIII. Las brujas	90
XIV. Los nahuales	91
XV. El gallo	92
XVI. La campana	93
XVII. La montaña	94
XVIII. Un tiro	95
XIX. El perro	96
XX. La sementera	97
XXI. <i>Lumen!</i>	98
XXII. Adiós al poeta	99
Frondas y glebas	101
I. Orillas del Papaloapan	101
II. Una estepa del Nazas	103
Pastoral	105
I	105
II	107
III	109

IV	111
V	113
VI	115
VII	117
VIII	120
IX	122
X	124
Las montañas épicas	125
I	125
II	127
III	128
La nada	129
Tempestad	131
Elegía	133
En el desierto. Idilio salvaje	141
I	142
II	143
III	144
IV	145
V	146
VI	147
Envío	149
Elegía	151

CINERARIA

requiescat in pace

Notas de funeral melancolía
de mi laúd se desprenden y se elevan
a la región sombría
en donde se halla la terrible nada;
allí, del infinito
en la bóveda clara y azulada,
hallan eco las notas de mi lira,
y se oye, al par que gime,
cómo trémula y lánguida suspira.
El corazón se oprime,
una lágrima salta de los ojos
al mirar los despojos
pálidos, melancólicos y yertos
de la que ayer cruzaba los abrojos
de su penosa y solitaria vida
y ahora va a confundirse entre los muertos.
¡Verdad triste y funesta!...

Ya tu pecho no late. Para el mundo
ya no eres tú más que el despojo inerte
que, envuelto en los harapos de un sudario
bajo la helada sombra de la muerte,
irás a aniquilarte en el osario.

En el desierto horrible de la tumba,
envuelta con las sombras del misterio,
donde el poder humano se derrumba,
donde se siente que al oído zumba
el aire frío y glacial del cementerio,
allí vas a dormir, sin esperanza
de que a tu huesa oscura y solitaria
llegue otra voz que un triste “¡en paz descansa!”
y la sentida y funeral plegaria
que el que al pasar junto a tu helada fosa
dirá con voz temblante y quejumbrosa.

EL MENDIGO

Al señor don Guillermo Prieto

Miradle: ya la imbécil muchedumbre
la befa al ver que le doblega triste
de su dolor la inmensa pesadumbre.

Miradle: los harapos que reviste
en su cuerpo enfermizo y descarnado,
son la fortuna que para él existe.

En su frente abatida, del pasado
acaso guarda dulce una memoria
que el viento del dolor no ha disipado.

Acaso cada hoja de su historia
es una hoja de llanto donde su alma
vio brillar una dicha transitoria.

Mártir de su deseo, la triste palma
conquista a cada paso que su vista
mira en su derredor placer y calma.

Tal vez fue rey, y hoy su alma se contrista
al mirarse entre el fango y entre el lodo
arrebatado como pobre arista.

Tal vez fue rico; de placer beodo
vería pasar alegre su existencia,
y hoy sólo es un mendigo... ¡helo aquí todo!

Acaso en el boato y la opulencia,
en medio de brillantes regocijos,
apagaría la luz de su conciencia.

Y hoy, en medio a pesares tan prolijos,
vuelve a su hogar ¡y sin llevar siquiera
un mendrugo de pan para sus hijos!

Cuando del mundo torpe desespera,
¡tal vez tendrá la horrible desventura
de tener por su hija una ramera!

Hombre, el hombre le niega su ternura...
¡Tal vez el sol, como el Cantor de Troya,
le niega de su brillo la hermosura!

¿Fue rico?... Hoy es la fe su única joya,
y por cetro de rey sólo le queda
el mugriento bastón en que se apoya!

Y sigue sin parar, y sin que pueda
encontrar un hermano ni un amigo,
débil y solo hacia la tumba rueda.

Y nadie de su muerte fue testigo,
y nadie le consagra una memoria,
y aun hasta el mundo ignora fue un mendigo.

Llanto, pena, dolor: he aquí su historia.
Cubriole el fatalismo con su manto;
mas al morir sonrió... ¡veía la gloria
a través de las sombras de su llanto!

1876.

LA ESTATUA DE CARNE

LEYENDA

A Antonio Coellar y Argomaniz

I

La noche era negra. — En grupos inmensos
surcaban las nubes — la anchura del cielo.
Brillaba el relámpago, — rimbombaba el trueno;
todo estaba lóbrego, — espantoso, negro...

Las tristes campanas — tocaban a muerto,
el aire zumbaba — penetrante y fiero,
gemían los sauces, — ladraban los perros
y el pueblo se hallaba — obscuro y desierto.

A la medianoche — salía del templo
un triste murmullo — de quejas y rezos.
Sonó la campana — produciendo un eco
muy triste, muy triste, — que sentí aquí dentro.

Después la tormenta — cesó por completo
y en torno reinaba — horrible silencio.
Asomó la luna — detrás de los cerros
alumbrando el triste — solitario pueblo.

Un leve gemido — perdióse a lo lejos
y sentí que el frío — helaba mis huesos;
me encontraba solo — y tenía miedo...
cuando vi una sombra — dirigirse al templo.

El templo ya estaba — sin luz y silencio,
sus puertas cerradas, — su asilo desierto.
Cuando aquella sombra — llegó al cementerio
sus roncós gemidos — se desvanecieron.

¿Qué busca aquel hombre? — ¿Qué negro misterio
allí le conduce? — ¿Qué encierra su pecho?...
Lo supe: en la noche — su madre había muerto
y él iba a buscarla — al asilo tétrico.

Entonces mi alma — llorando en silencio
del alma del hombre — bajó a lo secreto.
¡Ay, sí! ¡Cada grito — que arranca del pecho
encierra un poema — de dolor inmenso!

La sombra venía — muy quedo, muy quedo,
perdida en la negra — silueta del templo.

Cuando estuvo fuera — ya del cementerio,
dijo con voz débil — que sentí aquí dentro.
—“¡Qué triste está el mundo!, — ¡qué triste está
[el cielo!,
¡qué triste la luna, — y el mundo, qué negro,
para aquel cuitado, — de amargura lleno,
que tenía una madre — y en la noche ha muerto!”

“Perdido en el mundo, — llorando y sufriendo,
y cerca de todos, — de todos muy lejos.
Nada le consuela; — todo es hondo duelo
y en su misma casa, — allí es extranjero.”

“¡El alma vacía, — el hogar desierto,
sin llanto los ojos, — dolorido el pecho!...”
Y siempre llorando — y siempre gimiendo,
de la triste noche — perdióse en lo negro.

II

A lo lejos vagamente
un triste clamor se oía
que confuso se perdía
en los ruidos del ambiente.
El murmullo de la gente
que un féretro acompañaba
y el silencio que reinaba
en todo el lugar aquel,
hacían contraste crüel
que al corazón espantaba.

Llegó el fúnebre cortejo
al obscuro panteón
y a la llama de un hachón
de amarillento reflejo;
el muro macizo y viejo,
débilmente iluminado,

parecía un desgarrado
esqueleto de gigante
que se elevaba triunfante
sobre la tierra empinado.

La luz triste y mortecina
alumbro débil, incierta,
la ya desgajada puerta
que al interior encamina.
Pero la luz ilumina
tan corto trecho, que apenas
pueden penetrar serenas
las gentes por entre el muro,
pues divisan en lo oscuro
cavernas de espectros llenas.

En la inmensa galería
de aquel asilo desierto
todo estaba obscuro y yerto,
hundido en la sombra fría.
De la bóveda sombría
bajo la concavidad,
la espantosa soledad
contestaba en tono hueco
al triste y lóbrego eco
de la muda eternidad.

Algunos cráneos regados
en el negro pavimento
aparecen un momento
débilmente iluminados.
De sus ojos ahuecados
muestran las órbitas frías
que lloraron otros días
y que hoy lanzan espantadas
del sepulcro las miradas
penetrantes y sombrías.

Lentamente caminaba
la funeral procesión
y en el negro panteón
poco a poco se internaba.
Ya junto a una fosa estaba
recién cavada y abierta,
cuando con pisada incierta,
entre las sombras velado,
traspasaba un embozado
los umbrales de la puerta.

Apartado largo trecho
de la muda comitiva,
sofocó con fuerza viva
los sollozos de su pecho.
Bajo aquel oscuro techo

tristemente retumbaron
los golpes con que apretaron
la tierra en la sepultura
y que con mortal pavora
dentro de su alma sonaron.

¡Era el hijo! Acompañó
a la madre hasta aquel suelo.
¡No pudo seguirla al cielo
y en el dintel se quedó!
La comitiva salió
despidiéndose en seguida.
Quedó en el silencio hundida
aquella mansión de muerte,
granero de polvo inerte,
principio y fin de la vida.

Nadie reparó en el hijo
que se quedó solitario,
sumido en aquel osario
en el dolor más prolijo.
Con el pensamiento fijo
en sus días de bonanza,
hacia aquel sepulcro avanza
donde la muerte implacable
devoró al ser adorable
de su inmortal esperanza.

Y avanza más. La tiniebla
alrededor le circunda
y la soledad profunda
de espectros el aire puebla.
Densa y vagarosa niebla
vela su mirar sombrío,
y al sentir que del vacío
el ruido siniestro zumba,
¡se paró junto a la tumba
impasible, mudo, frío!...

III

Con la mirada lúgubre y perdida
en la desconocida
región de las tinieblas y la muerte,
silencioso, en la piedra reclinado,
el hombre desgraciado
triste y sombrío descansaba inerte.

Ni aun su apenado suspirar se oía:
inmóvil parecía
labrado sobre el mármol de la tumba.
Ni atiende a esos mil ruidos pavorosos
que roncós y medrosos
produce el aire que en las grietas zumba.

Reconcentrado en su dolor terrible
contemplaba impasible
aquel puñado de movida tierra

que cubría el cadáver venerado
del ser idolatrado
que hoy su cariño de ultratumba encierra.

¿En dónde está? Su voz ya no resuena
apacible y serena
conmoviendo de su alma lo profundo,
y en vano espera con afán doliente
recibir en su frente
algún beso glacial del otro mundo.

Parece que voló su pensamiento
y sólo el sufrimiento
llena su pecho de dolor sin nombre;
y parece, al mirar su paroxismo,
que el alma del abismo
palpita sobre el alma de aquel hombre.

Habla, pero su voz es un gemido
tan triste y dolorido
que parece brotar de alguna tumba.
Solloza y su sollozo lastimero
desgarrador y fiero
bajo la inmensa bóveda retumba.

Lentamente reclina la cabeza
con suprema tristeza

sobre la helada piedra y, pensativo,
en las cosas de allá fija la mente,
de modo que ni siente
si se halla en este mundo muerto o vivo.

Habla dentro de sí con una muerta
cual si mirase abierta
toda la eternidad ante su vista,
y sus ojos se clavan en el muro
buscando entre lo oscuro
al ángel bueno que en su afán le asista.

Es una estatua del dolor, y a poco
su cerebro es el foco
de todas las tinieblas y las dudas.
Interroga a la tumba, habla con ella,
lanzando en su querella
sordos reproches y preguntas mudas.

...

La noche terminó. Vino la aurora
luciendo brilladora
y allí lo halló, sobre la tumba, inerte.
Pasó después un día y otro día...
¡y allí está todavía,
en un diálogo eterno con la muerte!

Febrero de 1880.

VOZ INTERNA

En las noches tediosas y sombrías
buscan su nido en mi cerebro enfermo,
plegando el ala ensangrentada y rota,
mis antiguos recuerdos.

No vienen como alegres golondrinas
de la rústica iglesia a los aleros,
trayendo de la rubia Primavera
las blandas brisas y los tibios besos.

Vienen, como los pájaros nocturnos,
a acurrucarse huraños y siniestros
de la musgosa tapia en las ruinas
o de la vieja torre entre los huecos.

¡Que vengan en buena hora, que no tarden!

¿Por qué no se apresuran? ¡Los espero!...

¡Hace ya tantos años que dormito!

¡Hace ya tanto tiempo!

El negro muro del hendido claustro,
aunque roto y abierto,
aún se mantiene en pie, y en las ojivas
del campanario viejo,
si no hay esquilas que a la misa llamen
al asomar el matinal lucero
o anuncien la oración al campesino
y la hora del regreso
a las muchachas de la azul cisterna,
al pastor y al vaquero;
si ya no hay campanitas que repiquen
del santo titular a los festejos,
hay oquedades hondas y sombrías
que abrigarán en sus oscuros senos
a las lechuzas pardas y siniestras
y a los pájaros negros...

CREPÚSCULOS

I

Rubia la aurora luce en el oriente
sus galas más espléndidas de fiesta,
que amorosa y rendida ya se apresta
del esposo a besar la roja frente.

Para verle asomar alza su ingente
tajada cumbre la montaña enhiesta;
prepara su incienso la floresta,
su trino el ave y su rumor la fuente.

El cielo gotas de cristal rocía
en corolas y muérdagos. Los vientos
tañen las ramas de la selva umbría.
Y alza a su Dios en rítmicos acentos,
como grata oración del nuevo día,
himnos la tierra..., ¡el hombre pensamientos!

II

Tramonta el sol. Esmalta la colina
de su postrera luz con el escaso
fulgor, que va envolviendo en el ocaso
con su túnica blanca la neblina.

Desbarátase la húmeda calina
en la llana extensión del campo raso,
y ya por el oriente, paso a paso,
la silenciosa noche se avecina.

Todo es misterio y paz. El tordo canta
sobre los olmos del undoso río;
el hato a los apriscos se adelanta,

flota el humo en el pardo caserío,
y mi espíritu al cielo se levanta
hasta perderse en Ti... ¡Gracias, Dios mío!

PAISAJES

I

MERIDIES

Rojo, desde el cenit, el sol caldea.
La torcaz cuenta al río sus congojas,
medio escondida entre las mustias hojas
que el viento apenas susurrando orea.

La milpa, ya en sazón, amarillea,
de espigas rebosante y de panojas,
y reverberan las techumbres rojas
en las vecinas casas de la aldea.

No se oye estremecerse el cocotero
ni en la ribera sollozar los sauces;
solos están la vega y el otero,

desierto el robledal, secos los cauces
y, tendido a la orilla de un estero,
abre el lagarto sus enormes fauces.

II NOCTIFER

Todo es cantos, suspiros y rumores.
Agítanse los vientos tropicales
zumbando entre los verdes carrizales,
gárrulos y traviosos en las flores.

Bala el ganado, silban los pastores,
las vacas van mugiendo a los corrales,
canta la codorniz en los maizales
y grita el guacamayo en los alcores.

El día va a morir; la tarde avanza.
Súbito llama a la oración la esquila
de la ruinosa ermita, en lontananza.

Y Venus, melancólica y tranquila,
desde el perfil del horizonte lanza
la luz primera de su azul pupila.

OCASO

A un pintor

He aquí, pintor, tu espléndido paisaje:
un lago oscuro, ráfagas marinas
empapadas en tintas cremesinas
y en el azul profundo del celaje;

un tronco que columpia su ramaje
al soplo de las auras vespertinas
y manchadas de verde las colinas
y de amarillo el fondo del boscaje;

un peñasco de líquenes cubierto;
una faja de tierra iluminada
por el último rayo del sol muerto;

y, de la tarde al resplandor escaso,
una vela a lo lejos, anegada
en la divina calma del ocaso.

NOSTÁLGICA

o ubi campi?

En estos días tristes y nublados
en que pesa la niebla sobre mi alma
cual una losa sepulcral, ¡ay! cómo
mis ojos se dilatan
tras esos limitados horizontes
que cierran las montañas,
queriendo penetrar otros espacios,
cual en un mar sin límites ni playas.
¡Pobre pájaro muerto por el frío!,
¿para qué abandonaste tus campañas,
tu cielo azul, tus fértiles praderas
y viniste a morir entre la escarcha?...

¡Oh, mi naturaleza azul y verde!,
¿dónde están tus profundas lontananzas
en que otros días engolfé mi vista,
anhelante de sombras y de ráfagas?

¿Dónde están tus arroyos bullidores,
tus negras y espantosas hondonadas
que poblaron mi espíritu de ensueños
o a los hondos abismos lo arrojaban?...

He de morir. Mas ¡ay! que no mi vida
se apague entre estas brumas. La tenaza
del odio, de la envidia el corvo diente
y el venenoso aliento de las almas
por la corte oprimidas, aquí sólo
podránme dar, al fin de la jornada,
la desesperación más que la muerte,
¡y yo quiero la muerte triste y pálida!

Y allá en tus verdes bosques, madre mía,
bajo tu cielo azul, madre adorada,
podré morir al golpe de un peñasco
descuajado de la áspera montaña;
o derrumbarme desde la alta cima,
donde crecen los pinos, y las águilas
viendo de frente al sol labran el nido
y el corvo pico entre las grietas clavan,
hasta el fondo terrible de un barranco
donde me arrastren con furor tus aguas.
Quiero morir allá; que me triture
el cráneo un golpe de tus fuertes ramas
que, por el ronco viento retorcidas,

formen, al distenderse, ruda maza;
o bien, quiero sentir sobre mi pecho
de tus fieras los dientes y las garras,
madre naturaleza de los campos,
de cielo azul y espléndidas montañas.

Y si quieres que muera poco a poco,
tienes pantanos de aguas estancadas...
¡Infiltrame en las venas el mortífero
hálito pestilente de tus aguas!

HIMNO DE LOS BOSQUES

I

En este sosegado apartamiento,
lejos de cortesanas ambiciones,
libre curso dejando al pensamiento,
quiero escuchar suspiros y canciones.
¡El himno de los bosques! Lo acompaña
con su apacible susurrar el viento,
el coro de las aves con su acento,
con su rumor eterno la montaña.
El torrente caudal se precipita
a la honda sima, con furor azota
las piedras de su lecho, y la infinita
estrofa ardiente de los antros brota.
¡Del gigante salterio en cada nota
el salmo inmenso del amor palpita!

II

Huyendo por la selva presurosos
se pierden de la noche los rumores;
los mochuelos ocúltanse medrosos
en las ruinas, y exhalan los alcores
sus primeros alientos deleitosos.
Abandona mis párpados el sueño,
la llanura despierta alborozada:
con su semblante pálido y risueño
la vino a despertar la madrugada.
Del oriente los blancos resplandores
a aparecer comienzan; la cañada
suspira vagamente, el sauce llora
cabe la fresca orilla del riachuelo,
y la alondra gentil levanta al cielo
un preludio del himno de la aurora.
La bandada de pájaros canora
sus trinos une al murmurar del río;

gime el follaje temblador, colora
la luz el monte, las campiñas dora,
y a lo lejos blanquea el caserío.
Y va creciendo el resplandor y crece
el concierto a la vez. Ya los rumores
y los rayos de luz hinchen el viento,
hacen temblar el éter, y parece
que en explosión de notas y colores
va a inundar a la tierra el firmamento.

III

Allá, tras las montañas orientales,
surge de pronto el sol, como una roja
llamarada de incendios colosales,
y sobre los abruptos peñascales
ríos de lava incandescente arroja.
Entonces, de los flancos de la sierra
bañada en luz, del robledal obscuro,
del espantoso acantilado muro
que el paso estrecho a la hondonada cierra,
de los profundos valles, de los lagos
azules y lejanos que se mecen
blandamente del aura a los halagos,
y de los matorrales que estremecen
los vientos, de las flores, de los nidos,
de todo lo que tiembla o lo que canta,
una voz poderosa se levanta
de arpegios, y sollozos, y gemidos.

Mugan los bueyes que a los pastos llevan
silbando los vaqueros, mansamente
y perezosos van, y los abrevan
en el remanso de la azul corriente.
Y mientras de las cabras el ganado
remonta, despuntando los gramales,
torpes en el andar, los recentales
se quejan blanda y amorosamente
con un tierno balido entrecortado.
Abajo, entre la malla de raíces
que el tronco de las ceibas ha formado,
grita el papán y se oye en el sembrado
cuchichiar a las tímidas perdices.
Mezcla aquí sus ruidos y sus sonos
todo lo que voz tiene: la corteza
que hincha la savia ya, crepitaciones,
su rumor misterioso la maleza
y el clarín de la selva sus canciones.
Y a lo lejos, muy lejos, cuando el viento,
que los maizales apacible orea,
sopla del Septentrión, se oye el acento
y algazara que, locas de contento,
forman las campanitas de la aldea...
¡Es que también se alegra y alboroz
el viejo campanario! La mañana
con húmedas caricias lo remoza;
sostiene con amor la cruz cristiana

sobre su humilde cúpula; su velo,
para cubrirlo, tienden las neblinas,
como cendales que le presta el cielo
y, en torno de la cruz, las golondrinas
cantan, girando en caprichoso vuelo.

IV

Oigo pasar, bajo las frescas chacas,
que del sol templan los ardientes rayos,
en bandadas, los verdes guacamayos,
dispersas y en desorden las urracas.
Va creciendo el calor. Comienza el viento
las alas a plegar. Entre las frondas,
lanzando triste y gemidor acento,
la solitaria tórtola aletea.
Suspenden los sauces su lamento,
calla la voz de las cañadas hondas
y un vago y postrer hálito menea,
rozando apenas, las espigas blondas.

Entonces otros múltiples rumores
como un enjambre llegan a mi oído:
el chupamirto vibra entre las flores,
sobre el gélido estanque adormecido

zumba el escarabajo de colores,
en tanto la libélula, que rasa
la clara superficie de las ondas,
desflora los cristales tembladores
con sus alas finísimas de gasa.

El limpio manantial gorgoritea
bajo el peñasco gris que le sombrea,
corre sobre las guijas murmurando,
lame las piedras, los juncales baña
y en el lago se hunde; la espadaña
se estremece a la orilla susurrando
y la garza morena se pasea
al son del agua cariñoso y blando.

V

Ya sus calientes hálitos la siesta
echa sobre los campos. Agostada
se duerme la amapola en la floresta
y, muerta, la campánula morada
se desarraiga de la roca enhiesta;
pero en la honda selva estremecida
no deja aún de palpitar la vida:
toda rítmica voz la manifiesta.
No ha callado una nota ni un ruido:
en el espacio rojo y encendido
se oye a los cuervos crascitar, veloces
la atmósfera cruzando, y la montaña
devuelve el eco de sus roncas voces.
Las palomas zurean en el nido;
entre las hojas de la verde caña
se escucha el agudísimo zumbido
del insecto apresado por la araña;

las ramas secas quiébranse al ligero
salto de las ardillas, su chasquido
a unirse va con el golpeo bronco
del pintado y nervioso carpintero
que está en el árbol taladrando el tronco;
y las ondas armónicas desgarran,
con desacorde son, el chirriante
metálico estridor de la cigarra.
Corre por la hojarasca crepitante
la lagartija gris, zumba la mosca
luciendo al aire el tornasol brillante
y, agitando su crótalo sonante,
bajo el breñal la víbora se enrosca.

El intenso calor ha resecado
la savia de los árboles; cayendo
algunas hojas van y, al abrasado
aliento de la tierra evaporado,
se revienta la crústula crujiendo.
—En tanto yo, cabe la margen pura,
del bosque por los sonos arrullado,
cedo al sueño embriagante que me enerva
y hallo reposo y plácida frescura
sobre la alfombra de tupida hierba.

VI

Trepando audaz por la empinada cuesta
y rompiendo los ásperos ramajes,
llego hasta el dorso de la abrupta cresta,
donde forman un himno, a toda orquesta,
los gritos de los pájaros salvajes.
Con los temblores del pinar sombrío
mezcla su canto el viento, la hondonada
su salmodia, su alegre carcajada
las cataratas del lejano río.
Brotó la fuente en escondida gruta
con plácido rumor y, acompasada,
por la trémula brisa acariciada,
la selva agita su melena hirsuta.
Ésta es la calma de los bosques: mueve
blandamente la tarde silenciosa
la azul, y blanca, y ondulante, y leve
gasa que encubre su mirar de diosa.

Mas ya Aquilón sus furias apareja
y su pulmón la tempestad inflama.
Ronco alarido y angustiosa queja
por sus gargantas de granito deja
la montaña escapar; maldice, clama,
el bosque ruge y el torrente brama
y, de las altas cimas despeñado,
por el espasmo trágico rompido,
rueda el vertiginoso acantilado,
donde han hecho las águilas el nido
y su salvaje amor depositado;
y, al mirarle por tierra destruido,
expresión de su cólera sombría,
aterrador y lúgubre graznido
unen a la tremenda sinfonía.

Bajo hasta la llanura. Hinchado el río
arrastra, en pos, peñascos y troncos
que con las ondas encrespadas luchan.
En las entrañas del abismo frío
que parecen hervir, palpitaciones
de una monstruosa víscera se escuchan.
Retorcidas raíces, al empuje
feroz, rompen su cárcel de terrones.
Se desgaja el espléndido follaje
del viejo tronco que al rajarse cruje;
el huracán golpea los peñones,

su última racha entre las grietas zumba
y es su postrer rugido de coraje
el trueno que, alejándose, retumba
sobre el desierto y lóbrego paisaje...

VII

Augusta ya la noche se avecina,
envuelta en sombras. El fragor lejano
del viento aún estremece la colina
y las espigas del trigal inclina,
que han dispersado por la tierra el grano.
Siento bajo mis pies trepidaciones
del peñascal; entre su quiebra oscura,
revuelto el manantial, ya no murmura,
salta, garrulador, a borbotones.
Son las últimas notas del concierto
de un día tropical. En el abierto
espacio del Poniente, un rayo de oro
vacila y tiembla. El valle está desierto
y se envuelve en cendales amarillos
que van palideciendo. —Ya el sonoro
acento de la noche se levanta.
Ya empiezan melancólicos los grillos

a preludiar en el solemne coro...
¡Ya es otra voz inmensa la que canta!

Es el supremo instante. Los ruidos
y las quejas, los cantos y rumores
escapados del fondo de los nidos,
de las fuentes, los árboles, las flores;
el sonrosado idilio de la aurora,
de estrofas cremesinas que el sol dora,
la égloga de la verde pastoría,
la oda de oro que al mediar el día
de púrpura esplendente se colora,
de la tarde la pálida elegía
y la balada azul, la precursora
de la noche tristísima y sombría;...
todo ese inmenso y continuado arpegio,
estrofas de una lira soberana
y versos de un divino florilegio,
cual bandada de pájaros canora,
acude a guarecerse en la campana
de la rústica iglesia que, lejana,
se ve, sobre las lomas, descollando.
Y en el instante místico en que al cielo
el Angelus se eleva, condensando
todas las armonías de la tierra,
el himno de los bosques alza el vuelo
sobre lago, colinas, valle y sierra;

y al par de la expresión que en su agonía
la tarde eleva a la divina altura,
del universo el corazón murmura
esta inmensa oración: ¡Salve, María!

ANGELUS DOMINI

I

Rompe el alba el botón de la mañana
con sus dedos de niebla luminosa
y en el declive del alcor se posa
una nube de aérea porcelana.

Abajo se despierta la sabana,
el valle tiembla, yérguese la rosa,
canta el madrugador y rumorosa
ríe, cuchicheando, la fontana.

Desde el redil hasta la loma albean,
como el granizo, los corderos blancos
que entre riscos y zarzas juegueteen.

Y, de la cima oriente por los flancos,
ríos de luz descienden y chorrean,
hasta petrificarse en los barrancos.

*

Estalla el seno de la nube y brota,
en explosión de nítida blancura,
un querubín, en cuya frente pura
el lucero gentil palpita y flota.

¡Astro de inmensa luz! Como una gota
del mar del éter, inmortal fulgura,
derramando torrentes de ventura
que funde el universo en una nota.

¡La nota del amor!... Los aires hiende,
por todos los espacios se dilata
y hasta el empíreo su clamor extiende.

El ángel tañe su clarín de plata
y el sol, que nace, a sus espaldas prende
una clámide regia de escarlata.

II

En la cimera del volcán descuella
un rojo airón que a intervalos se esconde
so la flagrante horadación por donde
el pulmón de los cíclopes resuella.

Del sol canicular una centella
hiere a la ardiente boca que responde
la destrucción encaminando adonde
el monstruo imprime su abrasante huella.

De la montaña al pie duerme la costa,
baten las olas los cantiles rojos,
su nido el cuervo entre peñascos labra.

Y el fuego de los trópicos agosta
el llano en que despuntan los rastrojos
la res bermeja y la salvaje cabra.

*

El espacio es un mar de fuego y oro
y de sus ondas surge de repente
arcángel poderoso, cuya frente
reverbera como ígneo meteoro.

Tiende las alas con fragor sonoro,
chispea su mirada refulgente
y a su voz, como trueno de torrente,
cantan todos los ángeles en coro.

¡Oh salmo de las fuerzas, soberana
voz que el clamor universal encierra
y vibra por los ámbitos profundos,

como el gigante son de una campana
fundida en las entrañas de la tierra
o forjada en los yunques de los mundos!

III

Sobre el tranquilo lago, occiduo el día,
flota impalpable y misteriosa bruma
y a lo lejos, vaguísima se esfuma,
profundamente azul, la serranía.

Del cielo en la cerúlea lejanía
desfallece la luz. Tiembla la espuma
sobre las ondas de zafir, y ahúma
la chimenea gris de la alquería.

Suenan los cantos del labriego; cava
la tarda yunta el surco postrimero.
Los últimos reflejos de luz flava

en el límite brillan del potrero,
y a media voz, la golondrina acaba
su gárrulo trinar, bajo el alero.

*

Ondulante y azul, trémulo y vago,
el ángel de la noche se avecina,
del crepúsculo envuelto en la neblina
y en los vapores gráciles del lago.

Del Septentrión al murmurante halago
los pliegues de su túnica divina
se extienden sobre el valle y la colina,
para librarlos del nocturno estrago.

Su voz tristezas y consuelos vierte.
Humedecen sus ojos de zafiro
auras de vida y ráfagas de muerte.

Levanta el vuelo en silencioso giro
y al llegar a la altura, se convierte
en oración, y lágrima, y suspiro.

FRONS IN MARE

En la muerte de la niña Amelia Aguayo.

Cada vida mortal es una hoja
que el árbol guarda a octubre amarillento;
cuando secas están se agita el viento
y al bramador torrente las arroja.

Mas ¿por qué de la tuya nos despoja,
si era fronda que el aire tremulento
acariciaba con divino acento,
bajo un alba de abril dorada y roja?...

Del huracán al golpe furibundo
cayó la verde hojita en la corriente
del manso río azul que, desde el mundo,

en sus ondas purísimas y bellas
la llevó, cariñosa y blandamente
hasta el sereno mar de las estrellas.

LA CANCIÓN DEL OTOÑO

I

Zumba, ¡oh viento!, zumba y ruge
dispersando la simiente;
que la crústula reviente
a la furia de tu empuje.

La hojarasca cruje, y cruje
el ramaje tristemente;
que tu garra prepotente
los retuerza y los estruje.

Resonando las serojas
se estremecen al chasquido
que crepita en las panojas,

y es canción en la espesura,
en las ruinas alarido
y en los nervios crispatura.

II

Bajo el oro fulgurante
del espacio, la llanada
se enrojece caldeada
por el sol reverberante;

y es la milpa, centellante
por la escarcha de la helada,
blonda virgen cobijada
con un velo de diamante.

Oro y grana las campiñas
que el divino cielo cubre,
son sembrados y son viñas;

y a los soplos otoñales,
los viñedos seca octubre
y noviembre los maizales.

III

Ancho río, cauce angosto,
ya no se oye vuestro acento;
hoy seguís en curso lento
resecados por agosto.

Por el zumo del remosto
cuando corre, pasa el viento
preludiando tremulento
la anacreóntica del mosto...

Alza a ti la criatura
un acento soberano,
pues le ofrece tu ternura,

¡oh invisible Pan divino!
tu substancia, que es el grano,
y tu sangre, que es el vino.

A TRAVÉS DE LA LLUVIA

Llueve. Del sol glorioso
 los rayos fulgurantes
refléjanse en el agua,
 cual sobre níveo tul.

Topacios encendidos
 y diáfanos brillantes
desfilan temblorosos,
 rayando el cielo azul.

El oro de la tarde,
 bañado por la lluvia,
inunda todo el éter,
 espléndido y triunfal;
sacude sobre el campo
 su cabellera rubia
para empaparlo en gotas
 de fúlgido cristal.

La aldea, allá a lo lejos,
detrás del sembradío,
del impalpable velo
que cúbrela, a través,
su blanca torre muestra,
su alegre caserío,
enamorada siempre
del aire montañés.

Se escapan del ardiente
fogón de los jacales
penachos criniformes
de cándido algodón,
que luego desmenuzan
los vientos boreales,
prendiéndolos al pico
más alto del peñón.

Agita gravemente,
sobre la verde falda,
sus cien robustos brazos
el índico nopal,
que siente coronarse
sus pencas de esmeralda
por tunas cremesinas
de grana y de coral.

Para pintar las cumbres
 el sol, divino artista,
aglomeró colores
 de audaz entonación:
azul de lapislázuli,
 violáceo de amatista
y rojo flameante
 de ardiente bermellón.

La lluvia, que gotea
 en perlas virginales,
enciende más los vivos
 matices de la luz:
el sepia en los troncones,
 el flavo en los jacaes
y el glauco en la colgante
 melena del sauz.

Son carne las canteras,
 las lajas obsidiana,
es mármol y alabastro
 la aguja del crestón,
y son gigantes bloques
 de tersa porcelana
los riscos de la sierra
 que descuajó el turbión.

La tarde va cayendo,
y aún llueve. Ya reclina
el sol en la montaña
su coruscante sien;
con ópalos y perlas
esmalta la colina,
irisa los picachos
con ópalos también.

El iris, sobre el cielo
que el sol poniente dora,
estalla en luminosa
polícroma explosión;
de rosa y amarillo
las cúspides colora
y canta en el espacio
la universal canción.

Tendido tras la sierra,
cruzado por las gotas
de la sonante lluvia
que cae sin cesar,
es una lira etérea
de cristalinas notas
que se oye con los vientos
unísona vibrar.

Aún llueve. — El sol oculta
su agonizante disco,
dejando un horizonte
perlino y flor de lis.
Se van desvaneciendo
la cúpula, y el risco,
y el sauce, sobre un vago
y enorme fondo gris.

A los arroyos mansos
el agua pura y fresca
desciende borbollante
del limpio manantial;
se quiebra con las gotas
que, en danza hechiceresca,
palpitan, bullen, saltan
sobre el azul cristal.

Y en torno del pantano
que a poco se ennegrece,
bajo la red hojosa
que el saucedal tejió,
el fuego fatuo corre,
fulgura, palidece,
travieso duendecillo
que el fósforo engendró.

—¡Oh lluvia alegre y buena!,
 tras tu fulgente velo,
ebria de luz y vida,
 ve el alma aparecer
el aire alborozado,
 y esplendoroso el cielo,
y el campo rebosante
 de amor y de placer.

Y puede, tras tus gasas
 flotantes y ligeras,
mirar, allá a lo lejos,
 el labrador feliz,
cubiertas las campiñas
 de blondas sementeras,
repletos los graneros
 de trigo y de maíz.

¡Oh lluvia, no decrezcas!,
 fecunda las simientes
que bajo el hondo surco
 ya germinando están;
que son tus diminutos
 aljófares lucientes,
para los campos, gloria;
para los pobres, pan.

NOCHE RÚSTICA DE WALPURGIS

A José Peón y Contreras

I

INVITACIÓN AL POETA

Coge la lira de oro y abandona
el tabardo, descálzate la espuela,
deja las armas, que para esta vela
no has menester ni daga ni tizona.

Si tu voz melancólica no entona
ya sus himnos de amor, conmigo vuela
a esta región que asombra y que consuela,
pero antes ciñe la triunfal corona.

Tú, que de Pan comprendes el lenguaje,
ven de un drama admirable a ser testigo.
Ya el campo eleva su canción salvaje;

Venus se prende el luminoso broche...
Sube al agrio peñón, y oirás conmigo
lo que dicen las cosas en la noche.

II

INTEMPESTA NOX

Medianoche. — Se inundan las montañas
en la luz de la luna transparente
que vaga por los valles tristemente
y cobija, a lo lejos, las cabañas.

Lanzas de plata en el maizal las cañas
semejan al temblar, nieve el torrente,
y se cuaja el vapor trágicamente
del barranco en las lóbregas entrañas...

Noche profunda, noche de la selva,
de quimeras poblada y de rumores,
sumérgenos en ti: que nos envuelva

el rey de tus fantásticos imperios
en la clámide azul de sus vapores
y en el sagrado horror de tus misterios.

III

EL HARPA

Hay en medio del rústico bosque
un tronco retorcido y corpulento:
enorme roca sírvele de asiento
y frondas opulentas de ropaje.

Cuando, como a través de fino encaje,
el rayo de la luna tremulento
pasa, desde el azul del firmamento,
la verde filigrana del follaje,

desbarátase en haz de vibradores
hilos de luz que tiemblan, cual tañidos
por un plectro que el céfiro menea.

¡Harpa inmensa del campo!, no hay cantores
que a tus himnos respondan, ni hay oídos
que comprendan tu estrofa gigantea.

IV

EL BOSQUE

Bajo las frondas trémulas e inquietas
que forman mi basílica sagrada
ha de escucharse la oración alada,
no el canto celestial de los poetas.

Albergue fui de druidas. Los ascetas,
en mis troncos de crústula rugada,
infligieron su frente macerada
y colgaron sus harpas los profetas.

Y en tremenda ocasión, el errabundo
viento espantado suspendió su vuelo
al escuchar de mi interior profundo

brotar, con infinito desconsuelo,
la más grande oración que desde el mundo
se ha alzado hasta las cúpulas del cielo.

V

EL RUISEÑOR

Oíd la campanita, cómo suena,
el toque del clarín, cómo arrebatata,
las quejas en que el viento se desata
y del agua el rodar sobre la arena.

Escuchad la amorosa cantilena
de Favonio rendido a Flora ingrata
y la inmensa y divina serenata
que Pan modula en la silvestre avena.

Todo eso hay en mis cantos. Me enamora
la noche; de los hombres soy delicia
y paz y, entre los árboles cubierto,
sólo yo alcé mi voz consoladora,
como una blanda y celestial caricia,
cuando Jesús agonizó en el huerto.

VI

EL RÍO

Triscad, ¡oh linfas!, con la grácil onda;
gorgoritas, alzád vuestras canciones,
y vosotros, parleros borbollones,
dialogad con el viento y con la fronda.

Chorro garrulador, sobre la honda
cóncava quiebra, rómpete en jirones
y estrella contra riscos y peñones
tus diamantes y perlas de Golconda.

Soy vuestro padre el río. Mis cabellos
son de la luna pálidos destellos,
cristal mis ojos del cerúleo manto.

Es de musgo mi barba transparente,
ópalos desleídos son mi frente
y risas de las Náyades mi canto.

VII

LAS ESTRELLAS

¿Quién dice que los hombres nos parecen,
desde la soledad del firmamento,
átomos agitados por el viento,
gusanos que se arrastran y perecen?

¡No! Sus cráneos, que se alzan y estremecen,
son el más grande asombrador portentoso:
¡fraguas donde se forja el pensamiento
y que más que nosotras resplandecen!

Bajo la estrecha cavidad caliza
las ideas en ígnea llamarada
fulguran sin cesar, y es, ante ellas,

toda la creación polvo y ceniza...
Los astros son materia..., ¡casi nada!
¡Y las humanas frentes son estrellas!

VIII

EL GRILLO

¿Dónde hallar, oh mortal, las alegrías
que con mi canto acompañé en tu infancia?
¿Quién mide la enormísima distancia
que éstos separa de tan castos días?

Luces, flores, perfumes, armonías,
sueños de poderosa exuberancia
que llenaron de albura y de fragancia
la vida ardiente con que tú vivías,

ya nunca volverán; pero cantando
cabe la triste moribunda hoguera,
de tu destruida tienda bajo el toldo,

hasta morir te seguiré mostrando
la ilusión, en la llama postrimera;
el recuerdo, en el último rescoldo.

IX

LOS FUEGOS FATUOS

Bajo los melancólicos sauces
que sombrean el fétido pantano
y en la desolación del muerto llano
sembrado de cadáveres y cruces,

se nos mira brillar, pálidas luces,
terror del habitante rusticano:
misteriosos engendros de lo arcano
envueltos en fosfóricos capuces.

Mas al beso de amor del aire puro
sobre la infecta corrupción, ileso
fulguró nuestro ser, cual a un conjuro.

Que no existe lo estéril ni lo inerte
si Pan lo toca, y al brotar un beso
siempre estalla la luz, aun de la muerte.

X

LOS MUERTOS

¡Piedad!, ¡misericordia!... Fueron vanos
tanto soberbio afán y lucha tanta.
¡Ay!, por nosotros vuestra queja santa
levantad al Señor. ¡Orad, hermanos!

Si oyerais el roer de los gusanos
en el hondo silencio cómo espanta,
sintierais oprimida la garganta
por invisibles y asquerosas manos.

Mas no podéis imaginar los otros
tormentos que hay bajo la losa fría:
¡la falta, la carencia de vosotros;

la soledad, la soledad impía!...
¡Ay, que llegue, oh Señor, para nosotros
de la resurrección el claro día!

XI

LAS AVES NOCTURNAS

¡A infundir con el vuelo y los chirridos
más horror en la noche, más negrura
en los antros del monte y más pavora
en las ruinas de sótanos hendidos!

¡A seguir a los pájaros perdidos
de la arboleda entre la sombra oscura
y con la garra ensangrentada y dura
a darles muerte y a asolar sus nidos!

¡A lanzar tan horrísonos acentos
desde la cruz del viejo campanario
que el valor más indómito se quiebre!

¡A remedar terríficos lamentos,
de dientes estridor, crujir de osario
y espasmódicos gritos de la fiebre!...

XII

INTERMEZZO

Vamos al aquelarre. — En la sombría
cuenca de la montaña, las inertes
osamentas se animan a los fuertes
gritos que arroja la caterva impía.

Van llegando sin Dios y sin María,
présagos de catástrofes y muertes...
Pienso que el cielo llora..., ¿no lo adviertes?...
Venus es una lágrima muy fría—.

Tras nahuales y brujas el coyote
ulula clamoroso, y aletea,
sobre negro peñón, el tecolote.

La lechuza silbando horrorizante
se junta a la fatídica ralea
¡y el Vaquero Marcial llega triunfante!

XIII

LAS BRUJAS

—Todas las noches me convierto en cabra
para servir a mi señor el chivo,
pues, vieja ya, del hombre no recibo
ni una muestra de amor, ni una palabra.

—Mientras mi esposo está labra que labra
el terrón, otras artes yo cultivo.
¿Ves?, traigo un niño ensangrentado y vivo
para la cena trágica y macabra.

—Sin ojos, pues así se ve en lo oscuro,
como ven los murciélagos, yo vuelo
hasta escalar del camposanto el muro.

—Trae un cadáver frío como el hielo.
Yo a los hombres daré del vino impuro
que arranca la esperanza y el consuelo.

XIV

LOS NAHUALES

¡Sus, Vaquero Marcial! De nuestra boca
los conjuros oirás: aunque en la brega
quedaste vencedor, siempre a ti llega
de los hombres la voz que te provoca.

¡Por dondequiera el mal! Tu mano toca
las campiñas también. —Ya en ronda ciega
el coro de las brujas se despliega
de ti en redor, sobre la abrupta roca.

Hijas sois de la víbora y el sapo:
de vuestro hediondo seno sacad presto
las efigies ridículas de trapo...

¡Oh representación de los mortales!,
mostrad aquí vuestro asombrado gesto
en la danza infernal de los nahuales.

XV

EL GALLO

Hombre, descansa. De tu hogar ahuyento
el nocturno terror y estoy en vela.
Sombras de muerte cuyo soplo hiela,
con mi agudo clarín os amedrento.

Huya la luz y te descuide el viento
por preludiar su dulce pastorela.
Contra el mal, poderoso centinela,
a su paso espectral estoy atento.

No te inquiete el horrísono alarido
que escuches en tu sueño, por la vana
pesadilla maléfica oprimido.

Ya pondrá fin a su croar la rana,
y yo, con alegrísimo sonido,
entonaré la jubilosa diana.

XVI

LA CAMPANA

¿Qué te dice mi voz a la primera
luz auroral? “La muerte está vencida,
ya en todo se oye palpar la vida,
ya el surco abierto la simiente espera”.

Y de la tarde en la hora postrimera:
“Descansa ya. La lumbre está encendida
en el hogar...” Y siempre te convida
mi acento a la oración en dondequiera.
Convoco a la plegaria a los vivientes,
plañeo a los muertos con el triste y hondo
son de sollozo en que mi duelo explayo.
Y al tremendo tronar de los torrentes
en pavorosa tempestad, respondo
con férrea voz que despedaza el rayo.

XVII

LA MONTAÑA

El encinar solloza. La hondonada
que raja el monte es una boca ingente
por donde grita el bramador torrente
de furiosa melena desgredada.

La piedra tiene acentos. Vibra cada
roca, como una cuerda, intensamente,
que en sus moles quedó perpetuamente
del Génesis la voz petrificada.

Del hondo seno de granito escucha
las voces, ¡oh poeta! Clama el oro:
“¡Vive y goza, mortal!” El hierro: “¡Lucha!”

Mas oye, al par, sobre la altura inmensa,
cantar en almo y perdurable coro
a las agudas cumbres: “¡Ora y piensa!”

XVIII

UN TIRO

Duda mortal del alma se apodera
al oír en las noches la lejana
detonación, que turba y que profana
el silencio del bosque y la pradera.

¿Será la bala rápida y certera
que pone fin a la existencia humana,
o el golpe salvador que, en lucha insana,
asesta el montañés sobre la fiera?...

Ese ruido mortífero y tonante
hace temblar al alma sorprendida
cuando está de lo incógnito delante.

Para arrancar o defender la vida,
lo producen lo mismo el caminante
y el guarda, el asesino y el suicida.

XIX

EL PERRO

No temas, mi señor: estoy alerta
mientras tú de la tierra te desligas
y con el sueño tu dolor mitigas,
dejando el alma a la esperanza abierta.

Vendrá la aurora y te diré: Despierta,
huyeron ya las sombras enemigas.
Soy compañero fiel en tus fatigas
y celoso guardián junto a tu puerta.

Te avisaré del rondador nocturno,
del amigo traidor, del lobo fiero
que siempre anhelan encontrarte inerme.

Y si llega con paso taciturno
la muerte, con mi aullido lastimero
también te avisaré... ¡Descansa y duerme!

XX

LA SEMENTERA

Escucha el ruido místico y profundo
con que acompaña el alma Primavera
esta labor enorme que se opera
en mi seno fructífero y fecundo.

Oye cuál se hincha el grano rubicundo
que el sol ardiente calentó en la era.
Vendrá Otoño que en mieses exuberera
y en él me mostraré gala del mundo.

La madre tierra: soy vives conmigo,
a tu paso doblego mis abrojos,
te doy el alimento y el abrigo.

Y cuando estén en mi regazo opresos
de tu vencida carne los despojos,
¡con cuánto amor abrigaré tus huesos!

XXI

¡LUMEN!

Las sombras palidecen. Es la hora
en que, fresca y gentil, la madrugada
va a empaparse en el agua sonrosada
que ya muy pronto verterá la aurora.

El cielo vagamente se colora
de virginal blancura inmaculada
y hace en el firmamento su morada
la luz, de las tinieblas vencedora.

Sobre las núbidas cumbres del oriente
en ópalos y perlas se deslía,
que desbarata en su cristal la fuente.

Del vaho matinal se extiende el velo
y todo juguetea, y todo ríe,
en la tierra lo mismo que en el cielo.

XXII

ADIÓS AL POETA

¡Santa naturaleza, madre mía!,
me has cobijado en tu regazo inmenso
y disipaste con tu soplo intenso
la nube del dolor que me envolvía.

Mas ¡ay! vuelve la vida ingrata y fría;
mi sueño celestial quedó suspenso...
Ya alza la tierra su divino incienso
y en su carro triunfal asoma el día.

Poeta: es fuerza abandonar el monte.
Bajemos, pues ya al ras del horizonte
Venus agonizante parpadea,

tú al teatro, a la clínica, al Senado;
yo a vegetar tranquilo y olvidado
en el rincón oscuro de mi aldea.

FRONDAS Y GLEBAS

A Clearco Meonio

I

ORILLAS DEL PAPALOAPAN

Adivino los fértiles parajes
que baña el río, y la pomposa vega
que con su linfa palpitante riega,
desmenuzando en trémulos encajes;

la basílica inmensa de follajes
que empaña la calina veraniega
y la furiosa inundación anega
en túmidos e hirvientes oleajes.

Cerca de allí cual fatigado nauta
que cruza sin cesar el océano,
repose tu alma halló, serena y cauta.

Allí te ven mis ojos, soberano
pastor, firme en tu báculo, y la flauta
que fue de Pan, en tu sagrada mano.

II

UNA ESTEPA DEL NAZAS

¡Ni un verdecido alcor, ni una pradera!
Tan sólo miro, de mi vista enfrente,
la llanura sin fin, seca y ardiente,
donde jamás reinó la primavera.

Rueda el río monótono en la austera
cuenca, sin un cantil, ni una rompiente
y, al ras del horizonte, el sol poniente
cual la boca de un horno, reverbera.

Y en esta gama gris que no abrillanta
ningún color, aquí, do el aire azota
con ígneo soplo la reseca planta,

sólo, al romper su cárcel la bellota
en el pajizo algodónal levanta
de su cándido airón la blanca nota.

PASTORAL

I

Allá, sobre escarpada serranía,
enhiesto y colosal se empina un risco:
a su pie, retorciéndose bravía,
baja, por entre el roble y el lentisco,
una senda hasta humilde pastoría,
donde hay una cabaña y un aprisco.
Es solo habitador de aquel albergue
un pobre rabadán: mas nunca el día
lo encontró bajo el rústico techado,
pues apenas ha el alba despuntado,
sus perlas derramando en cielo y tierra,
ya la figura del pastor se yergue
sobre el excelso pico de la sierra.
Como un dios se le mira desde el valle,
en la roca granítica tallado,
majestuoso y altivo, acariciado
del trémulo pinar por el ventalle.

Y cuando el sol, al asomar, colora
de rosicler aristas y perfiles
y chorrea en los húmedos cantiles
el diluvio de rosas de la aurora,
las cabras y corderos triscadores
empiezan a saltar por los alcores
que empenachan el mirto y la retama
y el heno alfombra y la menuda grama.
Se les ve, desde el fondo del paisaje,
sobre el musgoso peñascal salvaje
brillar al sol, blanquísimos y tersos,
como nevados ópalos, dispersos
entre las esmeraldas del frondaje.

II

Sumérgese el pastor, vagando libre,
ya en las resplandecencias de la cima
o ya en las lobregueces del barranco,
sin que una sola víscera le vibre,
ni al resbalar por la espantosa sima,
ni al descender por el cortante flanco.
Es el rey y señor de la comarca,
solamente habitada por las fieras
y las reses salvajes. Sus dominios,
do jamás hubo guerras ni exterminios,
del ingente peñón, erguido encima,
con sólo un golpe de su vista abarca.
Vertientes quebradísimas, laderas
en que se junta y amalgama el verde
con el violeta azul, y al fin se pierde
al esfumarse en las lejanas eras;
dorsos de piedra rígidos que enarca

la montaña en tremendas convulsiones
al sentir el furor de los turbiones;
parapetos de roca amenazando
aplastar los ramajes y los troncos;
guijas que arrancan de su lecho blando
los torrentes horrísonos y roncós
que al valle ruedan con fragor bramando;
cavernas pavorosas, hondonadas
en donde se detienen las miradas
fijas, con estupor horrorizante,
del tenebroso piélago delante;
cumbres que irisa eternamente el hielo
y besan las purpúreas alboradas,
y agujas de granito, donde el vuelo
las águilas abaten fatigadas
al terminar su viaje por el cielo...

III

Abajo, la llanura, las vecinas
selvas; muy lejos, la ignorada aldea
en el centro de un valle que rodea
el verde cinturón de las colinas;
cerca, los frescos y olorosos prados
en las estribaciones blandamente
de la agreste montaña recostados;
arriba, un océano: el oleaje
de las cimas riscosas y onduladas
que corren descendiendo gradualmente,
ya dóciles y tersas, ya encrespadas,
como olas en un mar que de repente
cuajara el Septentrión; y en el encaje
de las tajadas peñas, el roquero
risco, cual torreón del homenaje
de un castillo fantástico y severo;
y en el último término, al escaso

resplandor de la tarde, las llanadas
silenciosas y tristes, y empapadas
en las cárdenas tintas del ocaso...
Tal es el reino del pastor.

IV

Impera,
majestad absoluta y verdadera,
sobre aquella región, casi perdida
y extraña de los hombres a la vida,
pero donde otra vida omnipotente
del seno augusto de la tierra brota,
como alma inmensa por el aire flota,
y do la madre universal se siente
rayo en el éter y en las auras nota.
Bajo aquel dilatado firmamento,
nada el poder vivificante turba
ni suspende el eterno movimiento.
Desde el hondo nivel de la planicie,
igual y recta, hasta la excelsa curva
trazada en la cerúlea superficie,
todo es fuerza y calor, todo es aliento.
La tierra ardiente se desborda en olas

de resonantes hierbas y corolas
y, cuando empieza a modular el viento
los himnos de su agreste sinfonía,
circula de la sierra por la espalda
un divino temblor. La selva umbría
que festonea la sinuosa falda
esponja muellemente su ropaje
de pomposo y verdísimo follaje,
como un ala de trémula esmeralda;
y so las frondas vírgenes, el grano
y la yema y el óvulo que duermen
se despiertan al soplo soberano
¡y todo vibra en la explosión del germen!
Nada yace en la calma y el reposo:
donde un átomo alienta hay un sonido,
un estremecimiento portentoso,
ya brisa, ya huracán, ¡siempre latido!
Al rodar, de las cumbres desprendido,
sobre los campos en fecundo riego,
el torrente, seméjase a un coloso
que se despeña desatado y ciego;
y mientras el espacio enrojecido
arde como una bóveda de fuego
y reverbera el sol en las opacas
moles de piedra, por el bosque añoso
aún se siente pasar el poderoso
aliento de las ondas genesiacas.

V

Entonces, bajo el oro que el verano
difunde, como polen infinito,
a cuya influencia se madura el grano,
amarillea el césped en el llano
y el musgo se reseca en el granito;
el pastor, con el alma estremecida,
responde, una por una, a las potentes
y raudas pulsaciones de la vida;
el sol canicular su sangre abrasa
que, por las anchas venas, a torrentes
con ritmo libre y vigoroso pasa;
y del espacio en la candente lumbre
clavando la mirada, y en los rojos
paisajes, por las siestas abrasados,
que surgen a lo lejos, tras la cumbre
de la montaña azul —inmensos prados
de secos yerbazales y rastrojos—,

siente cual un sacudimiento enorme
penetrar en su alma la grandeza
de aquella tropical naturaleza
y la salvaje majestad. Informe
va esfumándose el cuadro ante sus ojos
y levantando entonces la cabeza
para explorar los vastos panoramas
del monte y la profunda lejanía,
trepa de un viejo tronco por las ramas,
y en la ardiente explosión del mediodía
lo cubre el sol con su dosel de llamas.

VI

Todo parece reposar en torno
al estival influjo del bochorno:
desde la base y áspera pendiente
hasta la cumbre, donde apenas pudo
llegar la planta humana. En indolente
actitud yace el bruto. Desmayado
el sonoro follaje cuelga mudo,
cual harpa abandonada, y en el prado
se tiende a sestear, blanco y lanudo,
bajo la sombra, el triscador ganado.
Sólo en las hondonadas más abruptas,
donde las fuentes gárrulas borbollan
y, dulcemente susurrando, arrollan
blandos líquenes u ovas incorruptas,
el recio leñador, casi desnudo,
hiende los troncos jadeando. El eco
a los golpes retumba, ya apagado

por la distancia, ya vibrante y hueco.
Y parece temblar la cordillera
y estremecerse el soto y la campaña,
como si a cada hachazo se sintiera
latir el corazón de la montaña.

VII

En las tardes azules, cuando otoña,
el pastor se recuesta sobre el césped
en lo más alto de la sierra, donde,
tañendo su tristísima zampoña,
oye que la torcaz, eterno huésped
del robledal, a su canción responde.
Y en las de invierno, diáfanas y frías,
cuando el rayo postrero resplandece,
ante las azuladas lejanías
abismado y absorto permanece.
Allá, cual vaga niebla, la profunda
masa de otras extensas serranías
ven sus ojos de águila. Más lejos,
semejando un celaje que se inunda
del crepúsculo gris en los reflejos,
una línea sutil, visible apenas:
¡la ancha faja del mar! Hacia otro lado,

de un valle en el confín, las rancherías
dispersas entre páramo y sembrado,
frescos lagos y tórridas arenas;
y en el extremo, aún por el sol bañado,
donde van a morir las dos cadenas
de montañas, confuso y esfumado,
cual un manchón opaco y ceniciento,
ve el triste solitario de los montes
—a mirar lo infinito acostumbrado
y a espaciarse en los vastos horizontes—
el ruin y miserable hacinamiento
que forma la ciudad: ¡tapias y muros,
y palacios, y templos, y obeliscos,
que anonada, en los términos oscuros,
la triunfante grandeza de los riscos!
Y divisa el pastor, con la mirada
que hiende, poderosa, los espacios,
las torres muy pequeñas, los palacios
aún más pequeños. ¿Y los hombres?... ¡Nada!
Y, buscando a sus ansias más anchura,
alza los ojos. — Ya del sol fulgura
sólo un rayo glorioso, en el instante
que se hunde en Ocaso agonizante.
Lo azul, lo inmensamente azul, se pierde
en la infinita lontananza verde:
tiembla la luz, se funden los colores
en la comba del éter; un residuo

de la lumbre del sol con resplandores
flavos enciende el horizonte occiduo.
Y de pie, sobre el risco que es su trono,
ve el soberano, en místico abandono,
en sus dominios acabarse el día
y la noche empezar, vaga y sombría.
¡Hora augusta y sagrada! — El sol esparce
su oro ya muerto en los flotantes velos
que a ras del cerco horizontal condensa,
para encajar en él, como un engarce,
la divina turquesa de los cielos
y de los campos la esmeralda inmensa.

VIII

Deja, entonces, su trono de granito
y baja por la senda silencioso
y en honda paz. La noche y lo infinito
le hablan en derredor; mas no al reposo
lo invitan, que su alma aún se halla abierta
a ese clamor profundo y misterioso
de las cosas brotado, como un grito
del Universo; grito prepotente
que a una vida sublime nos despierta
y pone el corazón de Dios enfrente.
Para aquel olvidado sin amores
a quien sólo natura da sus flores,
la noche es una madre: inmensamente
lo acaricia y acógelo en su seno,
siempre de sombra y de ternura lleno.
Sopla el aura a su oído mansamente,
suspirando canciones y querellas

y, cuando para orar alza la frente,
clavan en su pupila transparente
sus dardos de diamante las estrellas;
y lo inunda en su etérea catarata,
las noches diafanísimas de junio,
el tenue polvo azul, azul y plata,
en que envuelve a la tierra el plenilunio;
o bien, cuando en los montes se desata,
desde el alto crestón hasta el ribazo,
el viento bramador y enfurecido,
la noche para él tiene un latido
y un arrullo de amor en su regazo.
¡Noches de santo horror e indefinible
misterio: ya reinéis claras u oscuras,
mira el alma en vosotras lo invisible
para sentir después, hondo y terrible,
el vértigo de Dios, en las alturas!

IX

Hay, en las soledades estrelladas
de aquellas noches, una inmensa y triste
serenidad. Cuando la luna llena
baña la sierra en ondas plateadas,
el pico enhiesto de esplendor se viste
y se incrusta en la atmósfera serena.
Como un diluvio la blancura llueve
y queda el aire convertido en ampo,
el agua en perlas y anegado el campo
en luminosos átomos de nieve.
Entonces, más que nunca, desbordadas
las recónditas ansias que en el pecho
se agitan del pastor, siempre tranquilo
y humilde, pero nunca satisfecho,
del exterior asoman, condensadas
en profundas y límpidas miradas,
que se remontan hasta el almo asilo

de los mundos sin fin. Mientras reposa
el cuerpo laxo sobre duro lecho,
en la divina cúpula radiosa
—dejando lo infinito de la tierra
y libre de misérrimos pesares—
el levantado espíritu se encierra.
Sólo el cielo en las noches estelares,
cuando brillan los astros a millares
y a millares se agrupan, ocultando
el ancho velo de zafiro; cuando
forman islas sin playas en los mares
eternos del espacio... ¡sólo el cielo,
que es reposo inmortal de todo anhelo,
con sus fulgores y tristezas calma
el anhelo ardentísimo de una alma
plena de inmensidad!...

X

La noche cae

y reinan las tinieblas pavorosas.
Hay vértigo en el alma de las cosas,
porque el horror, como el abismo, atrae.
Mas el pastor descansa. Ningún peso
viene a oprimir su corazón de justo;
ningún vestigio en su semblante impreso
ha dejado el dolor. Silencio augusto
imperera en torno de él y, mientras duerme,
su perro en vela está, y el mal, inerme.
Repose en calma. La diurnal tarea
ya pronto volverá, pues tras el monte
una indecisa claridad blanquea...
Ya en las cumbres destácase el granito.
Ya se bañan de azul el horizonte
y el alma...

¡Oh infinito! ¡Oh infinito!

LAS MONTAÑAS ÉPICAS

A mis amigos de Monterrey

*... sur ces sommets clairs où le silence vibre,
dans l'air inviolable, immense et pur, jeté,
je crois entendre encore le cri d'un homme libre!*

Heredia

I

Cuando clarea o ya cuando atardece,
se destacan informes a lo lejos
cual una sombra azul, que a los reflejos
del crepúsculo gris se desvanece.

Mas su contorno gigantesco crece,
festonado por árboles añejos
que se erizan cual ásperos cadejos
cuando el día triunfante resplandece.

Y en la noche, los áridos peñascos,
las vértebras enormes del coloso,
sus empinados riscos y crestones,

semejan, en bosquejo tremebundo,
el esqueleto rígido y monstruoso
de un muerto sol pesando sobre el mundo.

II

Contempladas de cerca, repentino
asombro se apodera de la mente
y en los nervios y músculos se siente
circular el pavor de lo divino.

No el blando helecho ni el robusto encino
predominan en la áspera vertiente,
ni fulgura en las cumbres castamente
la blanca nieve del paisaje andino.

Sus arrugas de piedra, sus picachos
donde el hierro incrustose en rojas vetas
y plantó el jaramago sus penachos,
aparecen cual hachas formidables,
titánicos puñales y saetas,
lanzas ingentes y ciclópeos sables.

III

¿Por qué muestra tan épica figura
esa enorme cadena de montañas?...
Sus formas terroríficas y extrañas
sólo Dios modeló, no la ventura.

Bajo su prodigiosa arquitectura
se guarecen palacios y cabañas,
fructifican los trigos y las cañas
y el abundoso manantial murmura.

Y allá, sobre las cumbres de granito,
las águilas indianas siempre alertas,
bajo el dosel azul del infinito,

guardando están de nuestro honor las puertas,
al ultraje cerradas y al delito,
a la esperanza y al amor abiertas.

LA NADA

Antes de oírse en el tendido espacio
la poderosa voz del “Mundo sea”,
antes que el sol sus rayos de topacio
lanzase a un ser viviente que los vea,
antes que allí en la confusión del caos
el Artífice santo
dijese a las tinieblas “Separaos
de la luz, y en lo hondo amontonaos
para que pueda así la luz en tanto
marcar dulce reposo y el trabajo”...
¿Qué había en el universo, qué existía?
Desorden, confusión, negros, nada.

Después que el universo fue formado,
hechos el sol, la luna, el hombre criado,
¿qué hay en el universo? El hombre nace,
mas luego con la muerte se deshace,

en podre y en gusanos
le convierte en la muda sepultura,
pierde después del todo su figura,
y su cuerpo, sus pies, brazos y manos
en un puño de polvo se convierten,
y este polvo después... se vuelve nada.

Los árboles, las plantas y las fuentes
se volverán también en polvo,
y del polvo a la nada. Y otras tantas
cosas que existen volveranse nada.

¿Qué habrá después que se concluya el mundo?
Nadie lo sabe; mas, por consecuencia
de argumento profundo,
se ve que acabarse su existencia
y como una cosa cuando acaba
vuelve al estado que se hallaba antes;
la nada era su estado,
pues deberá volver la misma nada.

San Luis Potosí, mayo de 1875.

TEMPESTAD

El viejo bosque sacudió sus ramas,
se retorció como dragón herido
que ruge al encrespar embravecido
de su eléctrico torso las escamas;
tornó la nube y le cubrió de llamas
y quedaron del rayo, al estampido,
por tierra el árbol y deshecho el nido,
del bosque en los inmensos panoramas.

Rumbo a la enmarañada serranía
huye después la tempestad bravía
con su loca algarada de huracanes,
y el arcoíris a su paso tiende
un pórtico de triunfo que se prende
sobre el blanco crestón de los volcanes.

ELEGÍA

En la muerte de Manuel Gutiérrez Nájera.
¡A qué hablar de consuelos cuando ahora
se inclinan nuestras almas bajo el peso
de una desolación abrumadora;

si de nuestro dolor en el exceso
es inútil saber que gloria augusta,
como en un manto, te envolvió en un beso!

En vano es que acusemos a la injusta
muerte que te arrebató... ¡Todo en vano!
El misterio es tan hórrido que asusta.

Y si son imponentes, Dios arcano,
de un hogar los sollozos, ¿qué podría
nuestro dolor, que es, ¡ay!, ¿tan sólo humano?

¡Oh pálido poeta! Tu agonía
no fue un triste crepúsculo que muere;
fue un eclipse de sol a mediodía.

¡Qué mucho que nuestra alma desespere,
si ha cabido a la inmensa muchedumbre
sentir el mismo golpe que nos hiere!...

Suban los cantos a la excelsa cumbre,
que no hay un solo verso que no vibre
ni un solo pensamiento que no alumbre.

Abra el dolor sus alas; cruce libre
entonando su estrofa sollozante
y el peso de nuestra ánima equilibre.

La elegía tristísima levante
su lastimera voz y, unido a ella,
que nuestro corazón solloce y cante.

Natura, siempre casta y siempre bella,
con fúnebre crespón cubriendo el seno,
salmodia majestuosa su querella.

Y de santo respeto el mundo lleno,
inclinase doliente, conmovido,
por todo lo que es grande y lo que es bueno.

¡Oh paladín del ideal, rendido
en la lucha mortal! Sobre tu losa
no correrán las aguas del olvido.

Que en tanto que tu espíritu reposa,
en su túnica envuelve tus despojos
de América la musa victoriosa.

Una mañana fue tu vida; abrojos
tal vez holló tu planta dolorida
y el llanto ardiente calcinó tus ojos.

Que en medio del camino de la vida,
al internarte por la selva oscura,
no encontraste sendero ni salida.

Ni estaba allí Beatriz. Tetra figura,
lívida y funeral, te señalaba
la boca de la hambrienta sepultura.

Y allí vas a caer. Tal vez ansiaba
el reposo tu cuerpo fatigado
en esta brega enardecida y brava.

Pues hoy, durmiendo en tu sepulcro helado,
si no divinas ilusiones creas
ni contarnos podrás lo que has soñado,

al rayo del amor te sonroseas,
calentándose en él donde aún se inundan,
cual mariposas de oro, tus ideas.

No podemos creer que se confundan
con la materia tu cerebro ardiente,
tu inmenso corazón, y allí se fundan.

Pues ¿cómo figuramos tu alta frente
en polvo convertida y en escoria,
si era el nido de un sol resplandeciente?

¿Cómo, bajo tu lápida mortuoria,
¡oh noble adorador de la belleza
y enamorado eterno de la gloria!,

hemos de ver podrida la corteza
de tu espíritu noble y fulgurante,
si todo eras donaire y gentileza?

¡Si hasta es dable pensar que en el instante
que de la tierra sientas el abrazo,
tu labio mudo se estremezca... y cante!

¡Y que no es tu sepulcro el erriazo
donde la destrucción impera y vive,
sino florido tálamo y regazo!

Mientras que tu alma en galardón recibe
la corona inmortal con que soñara
y a vida más espléndida revive,

nosotros, aún perdidos en la ignara
multitud, tributamos a tu nombre
culto de amor del Arte sobre el ara.

Si el artista es un dios, no fuiste un hombre.
Vivas están tus obras inmortales;
vive en ella eterno tu renombre.

Son tus creaciones puras e ideales,
que tu musa jamás holló la tierra
ni maculó sus alas virginales;

y por huir de la mundana guerra,
cerniose en el azul y alzó su vuelo
a la región donde la paz se encierra.

Tú, ya rasgado el misterioso velo
que nos encubre la belleza suma,
te bañas en los piélagos del cielo;

la contemplas sin sombras y sin bruma
y sumergido en el divino arcano,
sin que jamás su llama te consuma;

sintiendo estás el goce sobrehumano
del infinito Bien, que hasta Él llegaste
con fe de artista y corazón cristiano,

y tu sed de Verdad al fin saciaste
en las fuentes de clara transparencia
que acá como un miraje contemplaste.

Tu espíritu, que es pura inteligencia,
abarcando estará lo incognoscible,
ya transfundido en la Divina Esencia...

Pero, ¡ay!, tan dolorosa y tan terrible
se hace para nosotros tu partida,
que la resignación es imposible.

Tu vida formó parte de la vida
de esta viril generación que llora
tu ausencia por la angustia consumida...

Mas no. ¡Valor y fe! ¡Surja la aurora;
estalle en fuego el sol; ruede en cascadas
de los mundos la luz abrasadora!...

Ruiseñor de las noches estrelladas,
cisne de los crepúsculos fulgentes
y alondra de las rubias alboradas,

escuchamos tu voz, aunque no alientes;
los rayos de tu espíritu aún dispersos
flotan, iluminando nuestras frentes.

De la belleza en los raudales tersos
inundamos los tristes corazones,
y en la música eterna de tus versos
aprenderá nuestra alma sus canciones.

Santa María del Río, S.L.P., 4 de febrero de 1895.

EN EL DESIERTO. IDILIO SALVAJE

A Alfonso Toro

A fuerza de pensar en tus historias
y sentir con tu propio sentimiento,
han venido a agolparse al pensamiento
rancios recuerdos de perdidas glorias.

Y evocando tristísimas memorias,
porque siempre lo ido es triste, siento
amalgamar el oro de tu cuento
de mi viejo román con las escorias.

¿He interpretado tu pasión? Lo ignoro,
que me apropio al narrar, algunas veces,
el goce extraño y el ajeno lloro.

Sólo sé que, si tú los encareces
con tu ardiente pincel, serán de oro
mis versos, y esplendor sus lobregueces.

¿Por qué a mi helada soledad viniste
cubierta con el último celaje
de un crepúsculo gris?... Mira el paisaje,
árido y triste, inmensamente triste.

Si vienes del dolor y en él nutriste
tu corazón, bien vengas al salvaje
desierto, donde apenas un miraje
de lo que fue mi juventud existe.

Mas si acaso no vienes de tan lejos
y en tu alma aún del placer quedan los dejos,
puedes tornar a tu revuelto mundo.

Si no, ven a lavar tu ciprio manto
en el mar amarguísimo y profundo
de un triste amor, o de un inmenso llanto.

II

Mira el paisaje: inmensidad abajo,
inmensidad, inmensidad arriba;
en el hondo perfil, la sierra altiva
al pie minada por horrendo tajo.

Bloques gigantes que arrancó de cuajo
el terremoto, de la roca viva;
y en aquella sabana pensativa
y adusta, ni una senda, ni un atajo.

Asoladora atmósfera candente
do se incrustan las águilas serenas,
como clavos que se hunden lentamente.

Silencio, lobreguez, pavor tremendos
que viene sólo a interrumpir apenas
el galope triunfal de los berrendos.

III

En la estepa maldita, bajo el peso
de sibilante gris que asesina,
irgues tu talla escultural y fina
como un relieve en el confín impreso.

El viento entre los médanos opreso
canta como una música divina,
y finge, bajo la húmeda neblina,
un infinito y solitario beso.

Vibran en el crepúsculo tus ojos
un dardo negro de pasión y enojos
que en mi carne y mi espíritu se clava;

y destacada contra el sol muriente,
como un airón, flotando inmensamente,
tu bruna cabellera de india brava.

IV

La llanada amarguísima y salobre,
enjuta cuenca de océano muerto,
y en la gris lontananza, como puerto,
el peñascal, desamparado y pobre.

Unta la tarde en mi semblante yerto
aterradora lobreguez, y sobre
tu piel, tostada por el sol, el cobre
y el sepia de las rocas del desierto.

Y en el regazo donde sombra eterna,
del peñascal bajo la enorme arruga,
es para nuestro amor nido y caverna,

las lianas de tu cuerpo retorcidas
en el torso viril que te subyuga
con una gran palpitación de vidas.

V

¡Qué enferma y dolorida lontananza!
¡Qué inexorable y hosca la llanura!
Flota en todo el paisaje tal pavura
como si fuera un campo de matanza.

Y la sombra que avanza, avanza, avanza,
parece, con su trágica envoltura,
el alma ingente, plena de amargura,
de los que han de morir sin esperanza.
Y allí estamos nosotros, oprimidos
por la angustia de todas las pasiones,
bajo el peso de todos los olvidos.
En un cielo de plomo el sol ya muerto,
y en nuestros desgarrados corazones
¡el desierto, el desierto... y el desierto!

VI

¡Es mi adiós!... Allá vas, bruna y austera,
por las planicies que el bochorno escalda,
al verberar tu ardiente cabellera,
como una maldición, sobre tu espalda.

En mis desolaciones ¿qué me espera?...
—ya apenas veo tu arrastrante falda—,
una deshojazón de primavera
y una eterna nostalgia de esmeralda.

El terremoto humano ha destruído
mi corazón, y todo en él expira.
¡Mal hayan el recuerdo y el olvido!

Aún te columbro y ya olvidé tu frente:
sólo, ¡ay!, tu espalda miro, cual se mira
lo que huye y se aleja eternamente.

ENVÍO

En tus aras quemé mi último incienso
y deshojé mis postrimeras rosas.
Do se alzaban los templos de mis diosas
ya sólo queda el arenal inmenso.

Quise entrar en tu alma, y ¡qué descenso!
¡Qué andar por entre ruinas y entre fosas!
¡A fuerza de pensar en tales cosas
me duele el pensamiento cuando pienso!

¡Pasó!... ¿Qué resta ya de tanto y tanto
deliquio? En ti ni la moral dolencia,
ni el dejo impuro, ni el sabor del llanto.

Y en mí, ¡qué hondo y tremendo cataclismo!
¡Qué sombra y qué pavor en la conciencia
y qué horrible disgusto de mí mismo!

ELEGÍA

*A la memoria del maestro don
Rafael Ángel de la Peña*

De mis oscuras soledades vengo
y tornaré a mis tristes soledades
a brega altiva, tras camino luengo;

que me allego tan sólo a las ciudades
con vacilante planta y errabunda,
del tiempo antiguo a refrescar saudades.

Yo soy la voz que canta en la profunda
soledad de los montes ignorada,
que el sol calcina y el turbión inunda.

Ignoro de mi rústica morada
qué tiene, que viniendo de mí mismo,
vengo de la región más apartada;

y endulzo el amargor de mi ostracismo
en miel de los helénicos panales
y en la sangrienta flor del cristianismo.

Surten de allá tan lejos los raudales
de un río, en cuya límpida corriente
inundasteis las testas inmortales.

Al labio virginal de aquella fuente,
vuestras palmas, al viento, de callada,
susurran blanda y amorosamente;

y el susurrar semeja y la cascada,
al caer sobre el oro de la arena,
diálogos de Teresa y de Granada.

Diálogos en la noche más serena
del tiempo, interminable y luminosa,
de augusta paz y de misterios llena,

en que el genio beatífico reposa
a la luz de los campos siderales,
de azul teñidos, y de nieve, y rosa;

trono para cubrir los pedestales
que al cincel de los siglos ha labrado
al alma de los muertos inmortales...

De otros, que fueron ya, se encuentra al lado,
ardiendo en fe y en caridad y ciencia
y al bien y a la verdad aparejado,

como cuando cruzó por la existencia,
en su envoltura terrenal, que ahora
trasciende aún, cual ánfora de esencia,

el varón de cabeza pensadora
y penetrante ingenio soberano
que al paso de los tiempos avalora.

Empuñó libro y lábaro su mano;
creyente, sabio, artista. Fue en la vida
esteta heleno y gladiador cristiano.

En su alba cabellera florecida
fulguraban los últimos reflejos
con que acompaña el sol su despedida,

y vienen de muy lejos, de muy lejos,
las cimas a alumbrar donde perdura
el triste glauco de los bosques viejos.

Se destaca su pálida figura
sobre el marco social enrojecido,
como un jirón de agonizante albura,

y de ardiente aureola circuído,
en puridad le revelaba el verbo
sus profundos misterios al oído.

Siempre dominador y nunca siervo
del lenguaje, probó pacientemente
los dulces goces del trabajo acerbo.

Fue el varón fortunado de alta frente,
nunca sentado en la manchada silla
de pecadora y fementida gente;

que crece en altivez cuando se humilla,
incrustando, con ánimo sereno,
la frente en Dios y en tierra la rodilla,

y desprecia el relámpago y el trueno
con la inefable dicha de ser sabio
y el orgullo sagrado de ser bueno...

Ante él calló la envidia y el agravio,
y en la mundana y dolorosa guerra
no queja alguna murmuró su labio;

y al fin en el amor los ojos cierra;
pues ¿dónde hay más amor que el de la muerte
ni más materno amor que el de la tierra?...

Duerme y sueña, señor: tu cuerpo inerte,
cuando del sueño augusto en que reposa
a la inmortal resurrección despierte,

Duerme y sueña, señor: tu cuerpo inerte,
cuando del sueño augusto en que reposa
a la inmortal resurrección despierte,

Coronistas, poetas y doctores
departirán contigo en la divina
faba, de que sois únicos señores...

¡Oh romance inmortal! Sangre latina
tus venas abrasó con fuego ardiente
que transfundió en la historia y la ilumina,

y nunca morirá, mientras aliente
un cerebro que piense en lo que vuela
y un corazón que sufra en lo que siente.

¡Cuánto envidia a los muertos cuya estela
marca en los mares el camino luengo
que dejara su nave de áurea vela!

Y con esas envidias que yo tengo,
abandono el rumor de las ciudades.

De mis desiertas soledades vengo
y torno a mis oscuras soledades.

México, D.F., 24 de octubre de 1906.

Es una antología de poemas de Manuel José Othón en donde podemos descubrir que el mayor deseo del autor es captar la realidad y convertirla en poesía, por eso su idea de plasticidad, lo lleva a pintar, con palabras, los hermosos paisajes que tiene a la vista y de manera especial retoma imágenes como ríos, árboles y montañas de la huasteca potosina, plasmando así, en su obra, sus lugares favoritos.